DOCUMENTOS JUSTIFICATIVOS

I

CITAS DE M.M. DESCHANEL, CHARMES, AUBE Y DESCHAMPS

«Si no estamos ya en el tiempo-dijo con gran exactitud M. Paul Deschanel, Diputado-en que los navíos de todas las naciones no podían entrar en los mares y en los puertos del Imperio turco más que bajo el pabellón de Francia, en que todos los europeos dependian de nuestros Cónsules, en que los Embajadores extranjeros no eran admitidos á presencia del Sultán más que bajo el pabellón de nuestra Embajada; si los demás puebles han llegado, á costa de grandes esfuerzos, á participar con nosotros del beneficio de esas ventajas, que eran nuestra obra, cuyo privilegio hemos conservado durante largo tiempo y de donde han salido á la vez la supremacia francesa y la supremacía moderna; si cada colonia europea es ahora una especie de ciudadela política, un Estado en el Estado; si, en fin, los europeos han conquistado una situación en el Imperio; nosotros, señores, hemos tenido siempre una situación excepcional entre los

europeos. Es verdad que nosotros hemos dividido poco á poco nuestros derechos políticos, nuestros derechos comerciales, y en cierta medida, hasta nuestra autoridad religiosa; pues desde el último siglo, Rusia, conforme al programa de Pedro el Grande, ha extendido su influencia sobre los griegos ortodoxos, y desde hace cincuenta años hemos asistido á los comienzos y á los progresos de la propaganda protestante, americana, inglesa y alemana; pero nuestro protectorado católico ha permanecido intacto. La Puerta ha admitido la extraterritorialidad de todos los establecimientos latinos; estos establecimientos están colocados bajo nuestra autoridad, y por eso nuestros Cónsules han conservado una situación aparte, no solamente en lo que se refiere à los honores y à la etiqueta en las ceremonias públicas, sino desde el punto de vista jurídico y administrativo. En una palabra, si ya no somos los jefes de toda la familia europea, aunque para los de Oriente la palabra Francia haya quedado como sinónima de Europa, somos siempre los protectores de toda la familia católica, sin distinción de sitios ni de nacionalidades.

»El protectorado religioso es desde hace largos siglos tradición constante de la nación francesa, declara la Revista de Ambos Mundos (15 de Diciembre de 1885, pág. 791). Ligado estrechamente á nuestra historia, es como un vestigio del papel que nuestro país ha representado en la época heroica de las Cruzadas, es el primer recuerdo de aquella época en que los caballeros franceses se repartían principados, reinos, hasta un Imperio en el Oriente, repentinamente latinizado. Desde ese tiempo, Francia ha sido la primera potencia católica del mundo. La vieja fórmula: Gesta Dei per Francos, resume el pensamiento que reinaba en aquellos siglos de fe, en que se consideraba á nuestro pais como el instrumento elegido por Dios para ejecutar sus propósitos. De aquel lejano país data la unión de la Santa Sede y de los reyes cristianos, unión turbada á veces, pero que renacía con más vigor después de cada crisis. Francia ha representado en el mundo el principio del cristianismo, siendo la más completa y la más bella expresión de la civilización cristiana. Piénsese hoy lo que se quiera del cristianismo, nadie negará que ha sido nuestro gran educador.

»Por ser representante del cristianismo ante el mundo musulmán, Francia adquirió y conservó un lugar único en las regiones bañadas por el Mediterráneo. Hacia Francia, hacia su Embajador en Constantinopla, hacia sus Cónsules en los puertos otomanos, se vuelven los cristianos de todas las razas; alli convergen las miradas religiosas de todas las nacionalidades. Nuestros agentes son los intermediarios cerca de la autoridad otomana, y en caso de necesidad, sus defensores contra la avaricia de los pachás ó el fanatismo del pueblo. A cambio de esta protección, los cristianos proclaman por todas partes el nombre de Francia. A la sombra de nuestra bandera, los enfermos reciben asistencia en los innumerables establecimientos de caridad; los niños asisten á las escuelas, donde aprenden nuestra lengua, al mismo tiempo que se les inculca los elementos de nuestra civilización. Enfermos y niños son recibidos con los brazos abiertos; no se les pregunta de dónde víenen ni qué ideas profesan. Se contentan con curarlos é instruir-los, contando con su gratitud para vencer sus prejuicios de creencia ó de raza, y para hacerles amar á Francia y á la Iglesia. Los resultados son maravillosos; basta viajar algunos días por Levante para advertir que la lengua francesa es en casi todas partes comprendida y hablada; en Constantinopla, en Anatolie, en Siria, y sobre todo en Egipto, donde, á pesar de la ocupación inglesa, es el idioma oficial del Gobierno. Creo que no hay ningún hombre político serio que no reconozca lo que debemos, en el Oriente mediterráneo, á la política tradicional del protectorado religioso.»

M. Gabriel Charmes no es menos preciso en sus

«No hay hombre que esté al corriente de la historia de Oriente—escribe,—que no reconozca que el gran desenvolvimiento de la influencia francesa, gracias al cual, durante siglos, casi todo el comercio del Mediterráneo estaba concentrado en nuestras manos, era debido, en gran parte, al protectorado que ejercimos sobre las Misiones religiosas en Turquía, y que de estas Misiones se extendió á todas las poblaciones del imperio otomano. Si algunas colonias francesas han podido nacer, extenderse y alcanzar un maravilloso grado de prosperidad en las costas del Asia Menor, Siria y Egipto, es porque vivían, no solamente al abrigo de las convenciones que las preservaban de los abusos turcos, sino también bajo una protec-

ción religiosa que las permitía insinuarse poco á poco con los indígenas, y entablar relaciones con ellos. Todos los rajahs se agrupaban en torno de estas colonias, convertidas por ellos en especie de ciudadelas, desde donde podían desafiar la injusticia de los turcos. Iban á aprender nuestra lengua en las escuelas de las Misiones católicas; los hospitales de estas mismas Misiones ofrecían asilo á su miseria, remedios para sus enfermedades; allí se iniciaban en nuestras costumbres, en nuestros métodos de trabajo, en nuestras artes é industrias. Entre las manos de los colonos franceses pronto se convertian en útiles instrumentos; se sentían protegidos como católicos y desafiaban con mayores ánimos las vejaciones que les amenazaban como súbditos de Turquía; emprendian activo comercio y eran preciosos agentes de cambio; más inteligentes, más hábiles, más instruídos que los musulmanes, atraían á ellos los negocios y eran los intermediarios obligados entre éstos y los franceses. Y no solamente por el comercio se elevaban poco á poco y adquirían de nuevo la situación que la conquista les había hecho perder. Entregados indefensos á la odiosa tiranía musulmana, sehabrian convertido al islamismo, y hubieran perecido miserablemente. El protectorado católico de Francia ha conservado en ellos el sentimiento del honor y el amor á la independencia. Gracias á su acción secular, hoy, en todas partes, sobre las musulmanes que desaparecen, se levantan poblaciones cristianas que una larga y odiosa tiranía no ha destruído, y que bien pronto estarán en condiciones para adquirir la libertad.

»Y ahora, si en el Mediterráneo la influencia francesa es tan grande, si nuestra lengua prevalece sobre las demás, ¿cómo ha sido esto? ¿Se dirá que es efecto de la excelente política que se ha seguido tan glorio-samente en los asuntos de la Iglesia? ¿Se dirá que es un producto laico cualquiera? Nosotros hemos hecho todo lo posible para echar abajo nuestro prestigio en el Oriente mediterráneo; nuestra diplomacia ha cometido allí las faltas más graves: nuestro comercio se ha dejado adelantar por otros. Y, sin embargo, allí siempre somos considerados como la gran nación europea. ¿Por qué sino porque algunos monjes y algunas Congregaciones continúan tomando á su cargo á los niños, desde sus primeros años, para enseñarles á murmurar el nombre de Francia y el de Dios?» (1).

Hé aquí, pues, la magnifica situación que nos ha creado el protectorado católico en Oriente. Hé aquí el patrimonio que tenemos el deber de defender: «Los diversos Gobiernos que se han sucedido en Francia, monarquía, imperio, República, y hasta la misma Convención nacional, han comprendido este deber del mismo modo»,—escribe el Almirante Aube, antiguo Ministro de Marina en los Gabinetes Freycinet y René Goblet (2), y todos le han cumplido sin vacilación. La Francia de nuestros días, la Francia republicana, no puede faltar á este deber. Es preciso que mantenga en todas partes la política que la dió su

fuerza en lo pasado, que defienda la legítima y gloriosa herencia que diez siglos le han legado contra los que quieren arrebatársela en provecho de ellos.»

«Sí, la República ha hecho bien en aceptar esta tarea que es un legado glorioso del antiguo régimen-repite M. Gaston Deschamps (1),-pues si renunciamos á este patronato, nuestra influencia en Oriente seria destruída. ¡Pero qué tacto y qué prudencia son precisos en nuestros agentes! De vez en cuando un francés emigrado, á causa de sus principios sospechosos, trata de causar daño á su Cónsul escribiendo una carta á los periódicos que tienen tienda de denuncias anónimas. ¡Cuántas veces nos han referido la enorme maldad del agente diplomático del Cairo, culpable de asistir à misa en compañía de sus administrados, y los horribles crímenes del Cónsul de Jerusalén, convicto y confeso de haber visitado el Santo Sepulcro con el Patriarca latino la noche de Navidad!

«Para paralizar la acción de un buen servidor del país, y para comprometer nuestro prestigio á los ojos de los súbditos cristianos de la Puerta otomana, bastará, tal vez, con que un diputado radical lleve á la tribuna del Parlamento estas necedades. Los diputados que han visto con sus propios ojos las mil complicaciones de las cosas humanas, son muy raros, por desgracia...

»Además, rivalidades nacidas ayer, surgen á cada instante contra nuestro monopolio para disputar el

⁽¹⁾ Revista de Ambos Mundos: Francia y el protectorado católico en Oriente, por Gabriel Charmes, 15 Febrero 1883.

⁽²⁾ En tierra y a bordo, por el Almirante Aube. París, 1894, página 55.

⁽¹⁾ En Turquia (Revista de Ambos Mundos, 15 de Mayo 1893).

principio ó impedir su ejercicio. Es humillante para el Embajador de Italia, para el Internuncio de Austria, para el Embajador de Alemania, ver, desde Constantinopla hasta el fondo de Arabia, á sus súbditos católicos sometidos á la tutela y á la jurisdicción de Francia. En todas las grandes ciudades de Turquía existe una lucha sorda y encarnizada, en la que la arrogancia de la triple alianza choca inevitablemente contra el poder pacífico é invencible de un pasado, que en el momento actual es nuestro más precioso tesoro, y contra el prejuicio de multitudes muy buenas é inocentes, que en las montañas de Rodas y en los valles del Líbano, siguen creyendo que aún somos la nación más temible por las armas y la más grande por el corazón.

»Esta alta dignidad, que jamás ha sido invocada en vano por las poblaciones de Oriente, es un consuelo y un motivo de esperanza para aquellos que temen ver extinguirse el influjo exterior de nuestra patria. ¿Le dejaremos destruir por los torpes políticos que ya han arruinado, en Egipto, una influencia conquistada por tan valiente gente y á precio de tantos esfuerzos?»

Sobre todo, en Siria, entre los maronistas, somos populares. Para ellos Francia es realmente una segunda patria. El alma de esta gente vibra al unisono del alma francesa. El capitán Halgouët agregado á nuestra embajada de Constantinopla, emprendía hace quince años un viaje por el Libano. En todas partes era recibido con salvas y bajo arcos de triunfo. ¿Cómo estos pueblos—dijo á un religioso que salió á

su encuentro—han tenido noticias de mi viaje, si á nadie he hablado de él?—Capitán—respondió el religioso sonriendo,—entre Siria y Francia hay telégrafo... desde San Luis.»

II

CARTAS DE LAMARTINE

Montculot, 26 de Octubre de 1818 (1).

Tu carta del 12 de Octubre me ha encontrado aquí, donde estoy desde el 20, y de donde pienso partir el 28. Así es que escribeme á Mâcon.

Dicho esto, hablemos de ti. Tu carta me ha causado honda emoción, y te confieso que si estuviera libre, no hubiera respondido á ella más que yendo á verte á Munich, para pasar á tu lado estos días nebulosos, estas tristes horas, tan frecuentes en nuestra vida, y durante las cuales es necesaria la presencia de un amigo, tal como nosotros lo somos; pero me es imposible hacerlo antes de la primavera. Mi enfermedad del hígado se recrudece cada vez más, aunque el resto de mi salud vaya de bien en mejor. Hablemos, pues, y meditemos desde lejos, puesto que no podemos hacerlo de cerca, lo que sería mucho mejor.

Hay ciertos dolores que es preciso adormecer con el opio, porque en el fondo no se les puede curar. Tal es, en mi opinión, tu estado actual y el mío. Yo, por

⁽¹⁾ Cartas dirigidas al Conde de Virleu, en Munich, 26 y 27 de Octubre de 1818.

mi parte, te confieso que desde los diez y seis à los veintiocho años he sentido esa pesadez de la vida, ese profundo malestar sin causa, más poderoso que las más verdaderas desdichas. Es este el momento de la gran fermentación de todas las facultades del alma, en que ante ésta aparece la verdad de su situación aquí abajo, y en que todo se le antoja como lo que es en efecto: falso, vacío ó doloroso:

Tout est faux! tout es vide et tout est lamentable.

Le présent tour à tour ou m'échappe ou m'accable!

Le passé n'est qu'un songe, et l'avenir n'est pas!

Le bonheur dans la vie est un point dans l'espace,

Un vain éclair qui meurt dans la nuit du trépas

Et dont l'œil ébloui cherche en vain quelque trace.

L'espoir est un tourment, la crainte est un poison;

La vérité n'est pas, la vertu n'est qu'un nom!

Ainsi toujours pressé de nuages funèbres,

J'ai marché dans le doute, et meurs dans les ténèbres,

Et je vais en tremblant demander à la mort

De m'expliquer enfin cette énigme du sort!

Este es mi sentimiento, expresado en prosa y en verso. Estos últimos los hice en los primeros días de mi llegada á París. Son verdaderos, excepto en dos cosas: la primera es que la verdad existe, tal vez no á nuestro alcance, como tú dices; pero, en fin, existe; y hasta podemos aproximarnos á ella por conjeturas más ó menos verosimiles, de la que es juez nuestra razón. La segunda es que la virtud es algo más que un nombre; es tal vez la única cosa real, ó, por lo menos, el solo fin real de toda nuestra existencia y de la existencia de todos los seres materiales ó espiritua-

les. Todo lo demás sería absurdo, pero no lo es, pues tampoco lo es nuestra inteligencia, y ésta tiene una causa que no ha podido dar aquello de que ella careciera; siendo esta causa Dios, inteligencia, perfecta, de la que no somos más que débil emanación; esta perfecta inteligencia no ha podido hacer una obra absurda. No vemos más que la mitad de esta obra, pues el resto queda oculto; la muerte alza la cortina, y reconocemos nuestra imprudencia de ofender lo que sólo á medias conocemos. Tú me dirás: pero esto no lo vemos nunca con nuestros ojos materiales. No... Pero podemos entreverlo con los ojos de la inteligencia; y la prueba de que podemos, es que así acontece. Preciso es suponerlo todo antes de suponer que la primera causa no existe ó es absurda.

Si tú me concedes esto, y no puedes menos de concedérmelo, me seguirás fácilmente en las consecuencias que de ello debemos deducir para nuestras diferentes situaciones, por horribles que algunas puedan ser. Caerás conmigo en esta pura resignación pasiva y confiada, único estado conveniente á tan miserable criatura como es el hombre que piensa. Para el cumeroso rebaño que no se ocupa más que de vivir bien, no es necesaria esta vida interior del alma, esta resignación completa que nosotros buscamos; ellos tienen bastante con sus deseos, con sus negocios, con sus alegrías, con sus proyectos, con su vanidad, con su avaricia, con sus placeres materiales. Su corazón está lleno con estos afanes, y no queda en él lugar para los nobles deseos del alma, para los impulsos hacia el bien para que fué creada, ni, por consecuencia, para sus dolores... No hay en ellos vacio. Todo está lleno de pequeñas miserias. Pero la criatura que piensa, y á la que anima un alma, no se sustenta con tan mezquino alimento; todos esos intereses positivos de la vida la agitan, la atormentan, pero no la llenan por completo. Están fuera de ella, que no se llena más que con los deseos propios de su naturaleza, es decir, infinitos. He aquí la razón de que cuanto más educado esté el hombre, más se aproxima al estado perfecto que algún día debe constituir su verdadera vida; y más le molesta todo lo que ve, todo lo que en si mismo siente; más desgraciado es, en suma. Yo sé que esto no es consuelo bastante para el hombre que se encuentra en tu estado; pero si el hombre tuviera tanto valor como inteligencia, este pensamiento debiera, por lo menos, dulcificar en gran parte sus dolores; pero hay otra idea que viene sin cesar en ese estado de que te hablo, y que lo termina todo; y es que, se resigne uno ó no, que se medite durante siglos buscando un cambio á la naturaleza, una perspectiva más grata para los ojos, esto no parece... Nada podemos; el destino es despótico, y no queda más recurso que resistirle, que rogar y que buscar la mejor postura en este lecho de hierro, guarnecido de desgarradoras puntas. Una vez convencidos el pensamiento y la experiencia de que no hay dicha posible que esperar en este mundo, y cualquiera que sea la repugnancia del corazón á convenir en ello, es preciso, ó morir, ó tomar una resolución más fuerte, más noble, más respetuosa para Dios; es preciso vivir con los ojos fijos en El; es preciso vivir como si no se viviera, asistiendo en concepto de espectadores á esos lastimosos dramas que se representan á menudo á expensas nuestras, alrededor de nosotros; y de los que fuimos, y quizás seremos, actores, á pesar nuestro; en una palabra: es preciso convertirse en hombre interior, puramente moral. Y aún hay más: es preciso rogar sin descanso, pues sentimos esa necesidad, y ninguna necesidad nos ha sido dada en vano; pero no es menester aislarse de todas las impresiones, pues esto significaria tanto como castigarse ó matarse moralmente; pero sí lo es esperar ver todas las impresiones equivocadas, todos los afectos rotos por la imperfección de nuesta naturaleza, por la inconstancia de nuestros sentimientos, ó por la muerte, lo que es lo menos doloroso.

Ahí te entrego el secreto de lo que á mí mismo me aplico. Tal vez te será útil: sufrir, resignarse, rogar y esperar.

Respecto á esa tendencia satánica á la rebelión y á la propia depravación, es preciso tener ánimo y resistir dos ó tres veces; los ataques sucesivos serán más raros, más débiles, y al fin cesarán. No hay, á mi juicio, más que un sentimiento verdadero, puro, fuerte, natural, esencial al alma, como ella infinito, que la eleva, la ennoblece, la aproxima á la verdadera creencia, y es el amor de una criatura, aun de una criatura imperfecta. Este amor no desea más que la eternidad en su duración, pero como á cada instante se le siente arrebatar por el tiempo que huye, es tan profundamente desgarrador como completamente feliz. Nada tengo que decirte de esto, sino que

se tiene realmente el alma embargada con una dicha digna del cielo y atormentada por la desesperación del infierno; y que si alguna vez lo conoces estarás curado de cuanto al presente has sentido, por impresiones y torturas mil veces más dulces y más crueles que cuantas has experimentado. Es el alma que va á Dios, que se embriaga en Él y que le deja de ver. Basta indicarlo. La reflexión hará más que las palabras. Reflexiona, pues, haz algunos ligeros esfuerzos y procura esperar con constancia el momento que llegará seguramente.

Me hablas de mi mismo, en el tono que me agrada, como de una tercera persona á la que juzgáramos con indiferencia y sangre fría. Yo me contemplo á menudo con la misma indiferencia, justicia y lástima, pues existe en nosotros una facultad singularisima, que consiste en separarnos de nuestro sér, elevándonos por encima de él y pesándonos en la balanza de la justicia. Esto patentiza un alma que se eleva al tipo de toda verdad, que es Dios, y que desde allí mira y juzga á ese sér mixto llamado hombre, del que ella forma parte por las pasiones, y del que es distinta por la inteligencia y la justicia. Creo que casi me has juzgado bien; sin embargo, debo decirte con toda franqueza que, en mi concepto, no has estado justo del todo en lo que se refiere al alma. Te lo diría igualmente si me juzgases mejor que lo que soy. Ningún alma, ni la tuya siquiera, existe más lejos de esta vida que la mia. Yo he sentido siempre el triste vacio de todo lo que no era Dios, amor infinito, única cosa que apreciaba. No creo tener necesidad de hacerte

un comentario sobre esta palabra: amor. Si yo no hubiese amado nunca, ó real ó fantásticamente, hubiera tal-vez llegado á degradarme, y, por consecuencia, á ser suficientemente feliz para vegetar en paz; pero cada vez que aquella luz brillaba ante mis ojos, me volvía á mí mismo, me hacía ruborizarme de mis faltas, y me purificaba elevándome á mi verdadera naturaleza, y he tenido la inefable dicha de amar con todas las potencias de mi alma á un ser tanperfecto como podia concebir, y esto ha decidido de mi suerte. Seré eternamente desdichado, pero jamás descenderé de la esfera en que me he colocado. Sólo tengo que reprocharme en mi vida algunas debilida. des vergonzosas... que tú no conoces y que pretendo reparar. No me sonroja pedir frecuentemente perdón al sér que me ha dado los deseos de un Dios con la naturaleza de un hombre. Es una posición difícil el salto de Satán en el abismo. Es preciso verla tal como es, y resignarse á e la esperando mejorar, y haciendo el menos mal posible. Tal es mi moral, dulce, indulgente, conforme al hombre en todo. Respecto á la amistad de que me hablas también de manera franca y extraordina ia, nada puedo responderte, puesto que se trata de ti y de mí, y, por consecuencia, mi opinión sobre mí mismo no basta, y falta la tuya. Por lo demás, no comprendo completamente lo que quieres decir en ese párrafo de tu triste carta. Todo lo que puedo decirte, porque lo siento, es que en este mundo nada amo de modo más natural, más completo, más sin esfuerzos y sin reflexión que á ti; que yo no podría decir con seguridad: aquí acaba mi sentimiento personal, mi esencia individual, y aqui comienza la tuya; que tú me pareces totalmente una parte de mí mismo, sin la cual yo me sentiria incompleto. Asi, por ejemplo, yo no creo haberte demostrado mi gratitud por lo que en diferentes épocas has hecho por mi, pero he vuelto sobre mi mismo y sobre ti en estas circunstancias, y te he dicho ó escrito mi impresión presente. Creo deber á Vignet gratitud inmensa y á ti no: por esto puedes comprender la diferencia de impresión que resulta de los diferentes sentimientos. Por lo demás, te quiero más que nunca, pues te veo más grande que jamás habia pensado, de día en día, y cualquiera que sea tu opinión, tu juicio respecto á mi y al sentimiento que nos une, en nada podrá esto cambiar el mío. Adiós por hoy. Mi mano se ha resentido por haber escrito tanto. Voy à bañarme y mañana te diré las frivolidades de Paris que tu prima Madama de Beufvier me encargó te contase. Adiós.

17 de Octubre (1).

Hé aqui lo que me han encargado que te diga: «En Paris hay una señorita de Saint-Maure, linda, encantadora, admirablemente educada, con 200.000 francos de dote y con la seguridad de una plaza de Dama de la Princesa, que representa ocho ó diez mil de renta, y que, según dicen, te convendría. Si en-

cuentras suficiente la fortuna, la madre te recibiría como yerno. Madama de Virieu está dispuesta á tratar este asunto. Madama de Beufvier la conoce y asegura que es inmejorable. Es menester que respondas en seguida á esto á Madama de Raigecourt ó á Madama de Beufvier, que se lamentan del silencio que con ellas guardas. Te han escrito y temen que no hayas recibido sus cartas. Medita, pues. Si quieres intentar un nuevo estado (es preciso un poco de movimiento en la vida para aturdirla, á modo como se cambia de postura en el lecho cuando no se duerme), yo te aconsejaría que dieras valor positivo á una tierra como Lemps. Esto es una cosa que aún no has ensayado, y casi te respondo del buen éxito, es decir, de lograr un estado soportable y que había de favorecer tu salud, propio para tranquilizar y ocupar suficientemente el espíritu, sin gran sujeción ni esclavitud ninguna. Si mi consejo no fuera algo interesado, es decir, por significar tu vuelta y nuestra unión en una vida común, yo te le daria con más fuerza y autoridad, pero tengo miedo de que mi egoísmo te arrastre à abandonar tu carrera. Sin este recelo, yo te diria: vente, y si la soledad te disgusta, yo iré contigo donde me cites, y me comprometo á pasar ocho meses del año á tu lado en algún rincón de la tierra que cultivaremos. Esto me convendría á mí aún más que à ti, pues de todas las cosas de este mundo no me seducen más que esta de que te hablo y la poesía. Estar á caballo cuatro horas por día, comer bien al regreso, tener la cabeza llena de los cuidados de la casa y del cultivo, vivir al aire libre, ejercitar poco el

⁽¹⁾ Carta dirigida al Conde de Virieu á Munich; 26 y 27 Octubre de 18.8.

alma y mucho el cuerpo, por lo menos durante algunos años, nos probaría admirablemente. Monta á caballo; esto te fortafecerá, ensanchará tu pecho, dará fuerza á tu estómago y todo irá bien. Piensa que estás delicado de salud. Medita esto friamente y no dudes...—Adiós.»

27 Octubre.

«Acabo de leer nuevamente los consejos que ayer te daba, y en ellos persisto si tu salud se encuentra tan quebrantada como deduzco por tu carta. Piensa que al fin de cuenta, diez ó doce mil libras de renta son lo necesario, la dorada medianía para el hombre, sobre todo para el soltero. Piensa que tú tendrás más, que nada te impide disfrutarlo hoy, pues el más vehemente deseo de tu madre es verte al frente de los negocios de tu casa, y que has de aumentarlos con tu trabajo y tus cuidados, y piensa, en fin, que nada te devolverá tu salud quebrantada si la perdieses ahora por ambición de dignidades ó de dinero. Esto es cuanto puedo decirte. Examinalo bien y resuelve.

Yo no te aconsejo que dejes tu puesto sin necesidad, y sobre todo, sin tener un plan para hacer producir algún bien cualquiera ó de casarte. Respecto á este último punto, yo creo que el matrimonio no debe contraerse por complacer á nadie, sino por gusto propio, por personal instinto. Yo creo que jamás me casaré, pues estoy decidido á no hacerlo después de los treinta años, y las circunstancias de mi familia no me dejan razonable esperanza de hacerlo antes.

Cuento contigo para pasar entonces juntos nues-

tros días, ya en mi casa, ya en la tuya. La soledad me causa horror, y me arrojaré en tu familia, si es que la tienes.

Vivo en una tierra que he adquirido por herencia y que es el más hermoso establecimiento de cultivo que imaginarse puede: soledad, espacio, bosques, bestias, imperio absoluto sobre cuanto nos rodea, y buena casa, aire puro. Todo esto hay aquí. Algún día nos servirá.

Me hablas de la oda á la desgracia; tú la has hecho en tu carta más vigorosa que yo hubiera podido hacerla. Voy á componer algunas estrofas que te enviaré. Saúl ha muerto antes de nacer; es lástima. Espero que Madama de Duras le hará leer. Le he dejado en casa de Madama de Raigecourt. Estas dos señoras merecen tu agradecimiento por la manera como me tratan.

Vignet me escribe que llegará á Lyon uno de estos días para volver á ver á las inglesas con quienes ha viajado y con quienes ha entablado una amistad á modo de las suyas. Yo parto dentro de tres días para Milly. Tenía deseos de ir á Lemps, pero no sé si me atreveré ó si el frío me detendrá. Madama Duras me ha contado milagros de tu hermana, á quien califica de genio colosal. Adiós.

Milly, 8 de Agosto y signientes dias 1818 (1).

Hace algunos días he recibido tu carta, en la que me dices me envías el vale de M. Bonald para su li-

⁽¹⁾ Carta dirigida al Conde de Virieu & Turín. 1821 ó 1822.

brero, pero no ha llegado con tu carta. Búscale, pues, entre tus papeles y enviamele, pues temo que la edición se agote. Quería habértele pedido en seguida, pero he estado completamente paralítico del lado derecho, y no he podido hacer uso de mi mano ni de mi cabeza. Esta carta es mi primer ensayo, que me resulta bastante doloroso. Durante cinco dias, el ataque de que te hablo me ha impedido hasta moverme en el lecho. El resto de mi salud está poco más ó menos lo mismo. Dos ó tres días soportables, y algunos meses de suplicio y de gradual agotamiento. Toda la agitación é indignación de espíritu que me han producido mis nuevos esfuerzos para mejorar mi suerte por un matrimonio, esfuerzos verosimilmente perdidos, me han hundido de nuevo en el mal, pero la paciencia no me falta mientras se me deje solo y tranquilo. Hoy ceso de estarlo: la casa se repuebla; es preciso venir con frecuencia á esta ciudad que me mata. ¿Dônde encontraremos la verdad, la justicia y la paz? Lo que me dices del prólogo de la obra de M. de Bonald, me excita á leerla. Lo que añades respecto á la imposibilidad de encontrar un nuevo fundamento de la verdad, es muy cierto; no obstante, yo te diré francamente que siempre me ha parecido que, en lo que à ese punto se refiere, llevabas tu escepticismo demasiado lejos. Como tú, no encuentro certeza absoluta en nada, pero si una certeza relativa que creo suficiente para determinar, si no la convicción de los otros, por lo menos mis propias acciones.

No busco la base de esta certeza, ni en la tradición, ni en el consentimiento universal, ni en la fuerza concluyente de ningún razonamiento. No la encuentro más que en el sentido interno, dado por el Creador al hombre, y que por esto no creo le engañe. Partiendo de este principio se va en línea recta y muy lejos en el descubrimiento de las verdades metafísicas, no ciertas, pero probables.

Te confesaré, si quieres, que la fuerza de esta convicción personal aumenta ó disminuye en mí, según las fases de mi destino y de mis sufrimientos; que irresistible en los momentos de dicha y de lucidez, desaparece casi totalmente cuando la desgracia cae sobre mi, y la desesperación la extingue por completo. Así, es menos viva en mí desde la pérdida de lo que amaba sobre todas las cosas, y de la persona en quien cifraba todas mis esperanzas de futura felicidad. Yo no la tengo más que por el recuerdo de las fuertes impresiones que ella ha causado en otro tiempo en mi espiritu, pues mi fantasma habitual es una especie de no sé quê de desordenado y dañino, que sin justicia, sin orden y sin objeto, reina como una divinidad ciega sobre el mundo físico y, sobre todo, sobre el mundo moral. Esto es lo que yo quería pintar en la oda titulada «La desgracia», de la que me parece te he hablado. Sin embargo, cuando siento mi propia inteligencia y considero con dolorosa admiración algunas otras tan superiores, no puedo menos de convenir que si el creado es así, el increado ó el Creador debe, con mayor motivo, poseer estas ideas de justicia y de bondad, esas perfecciones cuya existencia debe tranquilizar por completo al hombre. Yo creo, en una palabra, que no es posible, sin un

esfuerzo contra la razón, negar la existencia de Dios, y creo en seguida que si se concede uno á si mismo este primer principio, se puede ir lo bastante lejos en el descubrimiento de las verdades metafísicas. Creo más: creo que cualquier verdad, en la política, en la vida privada, en las artes, en la moral, fluyen únicamente de este primer principio; que todo lo que le rechaza no puede ser más que falso, mal fundado y fértil en consecuencias absurdas, y que lo que hace que las cosas sean más falsas y los hombres más desdichados que en otros tiempos, es que nunca ha sido más desconocida esta verdad, ó tratada al menos con mayor indiferencia. Basta così ubi est deus ibi veritas. Vignet me ha dicho que partía de Paris. Debe actualmente estar en La Haya. Puedes escribirle alli, á casa de M. de Salles. Su tío el deán ha muerto en Turin.

P. D. ¿Cuándo estarás en Turin? ¿Cuánto cuesta ir de Turin á Génova por tierra? Quiero ir á pasar quince días contigo y después embarcarme en Génova.

Al Sr. Marqués de Virieu, Secretario de la Embajada de Francia en Turín, para serle entregada á su llegada á este punto.

P. D. Procura, como yo, ver á un buen sacerdote, repasar con él tu vida y ver claro en tu conciencia. Esto no molesta y puede encaminarnos á la paz... Adiós.

17 Marzo, en Paris (1).

Tu carta es desgarradora. Te sucede lo que á mí, pues yo no tengo ni el cuerpo sano ni el alma en paz, y probablemente iré á acabar en Nápoles, lejos de mis amigos y de mi madre. Como no tengo otra probabilidad de existencia, debo intentarlo.

Debías abandonar á Turín, dejando en él todo pensamiento húmano, y venir conmigo, permaneciendo uno ó dos años, como yo, en la inacción moral más completa, y casarte después y vegetar. Escucha mi consejo: tú no tienes necesidad de vivir de destinos, como yo. Piensa en ello y respóndeme.

Te he escrito hace quince días diciéndote que se me nombraba Agregado en Nápoles. Se me dan mil escudos, pero nada para gastos de viaje é instalación. Te suplicaba que, á serte posible, me remitieras 1.200 francos, que te devolvería en el transcurso del año. Si no los tienes, yo los buscaré aquí, y creo los encontraré fácilmente. Mis Meditaciones se han publicado, y obtienen un éxito que me asombra, hasta en personas refractarias á la poesía, como los Monnier y otros. En contra mía no tengo más que á Chateaubriand, lo que es fastidioso. Dice que éste es un éxito debido á una preocupación pasajera, y que yo no tengo genio poético, sino algún talento para componer versos. En fin, el libro se vende á maravilla para estos tiempos. Te remito tres ejemplares: uno para ti, otro para tu madre y otro para tu hermana. Os veré en Turín si hay medio de ir allí.

⁽¹⁾ Carta dirigida al Conde de Virieu.

al fin piense como tú. Como tú, busco la fe perdida por nuestra culpa. Siento la necesidad de ella, y me circunscribo en lo posible á las reglas positivas. Hago cuanto el hombre puede hacer. Dios hará el resto cuando y como convenga. No hay peligro en seguir esta fe, puesto que nada ordena que la razón llegada al más alto punto de luz y de virtud no aconseje. Arrojémonos, pues, en ella con los ojos cerrados. Es el báculo del ciego, y el cielo que nos puso en las tinieblas no nos reprochará de haber caminado á tientas. Todas las presunciones morales indican que debemos seguir esa luz, puesto que realmente al apartarnos de ella nos extraviamos. En lo que se refiere á la inmortalidad de la inteligencia, y á una vida mejor... esto es verdad... Está seguro de ello... Adiós. No partiré antes de quince dias. Tenlo presente para las cartas que me envies, y dirigelas á Macon en seguida.

* *

Hace dos dias tuve noticia de la triste pérdida que, hemos experimentado (1), ¿Qué puedo deciros que no hayais pensado de mí? ¿No era también mí hermano? He perdido en él tanto como vos: todo el pasado, todo lo que restaba de afecto, de juventud en mi vida. No me quedan más amigos que mis recuerdos y el cielo.

Lo que vos y M. de Miramon me decis de sus úl-

(1) Carta dirigida a Mile. Estefania de Virieu, en Fontaines (Rhone); 14 Abril 1841.

timos momentos es consolador para los que creen como nosotros en la reunión en la eternidad. Morir con esta idea no es morir, sino partir el primero... El la ha tenido, y como vos, soy dichoso por ello. Este pensamiento nos sostendrá también en el resto del camino, triste y solitario. Cuando Madama de Virieu se encuentre en estado de escuehar lo que se la diga, os suplico que la habléis de mí y de mi devoción absoluta á los recuerdos, á los deseos, á los afectos que nuestro amigo ha dejado en torno de ella; mi única dicha será probarla que tiene en mí un hermano. Adiós, señorita. Habéis sido el testigo de una amistad que no termina con la muerte de uno de los dos amigos. No dejéis que las huellas de este afecto se borren, y dejad que yo las encuentre siempre en el corazón, y en el recuerdo de las dos personas á quienes él amó más que á nadie: Madama de Virieu y vos.

Firmado: A. DE LAMARTINE.

Paris, 14 de Abril de 1841.

Ш

CARTA DEL PADRE DELVAUX ESCRITA DURANTE SU MISIÓN EN PORTUGAL

Tuvimos el consuelo de decir la Santa Misa todos los días.

Al pasar por Leiria visitamos al Obispo, que nos recibió amigablemente, pero atravesamos su Dióce-